

Pentti Linkola y los animales no humanos

José María Filgueiras Nodar* 

Resumen

Este artículo presenta algunos puntos de vista sobre los animales no humanos presentes en *Can life prevail?*, la primera obra traducida al inglés del pensador finlandés Pentti Linkola. Después de una breve introducción a la vida y pensamiento de Linkola, el texto presenta las consideraciones de este autor sobre los siguientes tópicos: los derechos de los animales y derechos humanos, el vegetarianismo en sus diversas variedades, las granjas industriales y cría doméstica de animales, la caza y la pesca y, por último, el tema de los depredadores, entre los cuales destacan por su relevancia los gatos. El texto cierra con unas reflexiones finales en las cuales se esboza una alternativa sentimentalista al criterio de valoración moral según la riqueza natural propuesto por Linkola.

Palabras clave: ecología profunda, biocentrismo, biodiversidad, depredadores, gatos, vegetarianismo, derechos animales.

Abstract

This article presents some points of view about the non-human animals present in *Can Life Prevail?*, the first work translated into English by the Finnish thinker Pentti Linkola. After a brief introduction to Linkola's life and thought, the text presents Linkola's considerations on the following topics: animal and human rights, vegetarianism in its different varieties, industrial farms and domestic animal husbandry, hunting and fishing and, finally, the theme of predators, among which cats stand out for their relevance. The text closes with some final reflections in which a sentimentalist alternative to the moral assessment criterion according to natural richness proposed by Linkola is outlined.

Key words: deep ecology, biocentrism, biodiversity, predators, cats, vegetarianism, animal rights.

Recibido: 13 de noviembre de 2024.

Aceptado: 11 de abril de 2025.

Introducción

Kaarlo Pentti Linkola (1932-2020) fue un pensador finlandés a quien se suele relacionar con la ecología profunda (a la que comúnmente se autoadscribe) y también con el ecofascismo. Hijo del famoso botánico Kaarlo Linkola, que fue Rector de la Universidad de Helsinki, Pentti Linkola abandonó sus estudios de Biología en el primer año de carrera y desde entonces fue un naturalista independiente, ávido observador de la vida animal de Finlandia, en especial de las aves, lo cual le ha dado una

gran reputación como ornitólogo desde la publicación de su primer libro en 1955, junto a Olavi Hilden. Al mismo tiempo, Linkola ha escrito sobre diversos temas de filosofía y ética ambiental, volviéndose una voz muy reconocida entre los ecologistas finlandeses y europeos, en parte por la coherencia de su vida personal con los ideales del movimiento (Lahti 2008); en efecto, Linkola vive en una cabaña cercana al lago Vanajavesi, en el sur de Finlandia, sin electricidad o ninguna otra de las comodidades de la vida actual, y se gana

Instituto de Investigación de Turismo, Universidad del Mar. Ciudad Universitaria s/n, Santa María Huatulco, CP. 70989, Oaxaca.

* Autor de correspondencia: jofilg@huatulco.umar.mx

Esta obra fue creada bajo licencia de Creative Commons Reconocimiento No Comercial- Sin Obra Derivada 4.0 International



la vida pescando en un bote de remos y vendiendo sus productos montado en un carro de caballos (Stevens 2011).

Como se decía, Linkola es una figura muy atractiva para diversos movimientos fascistas y de extrema derecha, incluido el *Alt-right*, muy abierto a las ideas del ecologismo, las cuales utiliza para diferenciarse del conservadurismo tradicional (Taylor 2019). Algunas de las ideas más polémicas de Linkola (que explican en buena medida parte de su atractivo para estas corrientes) son:

- Rechazo de la democracia, “el más miserable de todos los sistemas sociales conocidos, el bloque de construcción de la fatalidad” (Linkola 2011: 168). A juicio de este autor, “cuando reina la libertad individual, la humanidad es al mismo tiempo el asesino y la víctima” (Linkola 2011: 169). De igual modo, considera que las peores catástrofes ambientales han ocurrido bajo gobiernos democráticos.

- Prohibición de la libre procreación durante varias generaciones, aunada a un control genético de la “calidad de la población” (Linkola 2011: 186), restringiendo los permisos de reproducción a aquellas familias capaces de proporcionar un ambiente agradable y estimulante para sus hijos.

- Regreso a una economía que podría caracterizarse como “de subsistencia”, en la cual existan muy pocas grandes industrias (todas en manos del estado y obligadas a fabricar productos que satisfagan necesidades reales), junto con severas restricciones del uso de la electricidad residencial. La producción de comida se llevaría a cabo de manera tradicional, en múltiples unidades agrícolas de pequeña

escala, no mecanizadas: “una parte importante de la población se verá obligada a practicar trabajos agrícolas ligeros” (Linkola 2011: 189).

- Rechazo de la tecnología, y en particular de las Tecnologías de la Información y la Comunicación, todo lo cual ha conducido a algunos autores a ubicarlo al lado de figuras como el terrorista Ted Kaczynski (conocido también como *Unabomber*).

Pese al interés que podría revestir una discusión de todos o varios de los puntos mencionados, este artículo se centrará únicamente en exponer los puntos de vista de Linkola acerca de los animales no humanos. Para ello se utilizará la primera traducción de la obra de Linkola al inglés: el libro “*Can life prevail?*”, una recopilación de artículos escritos en diversos medios finlandeses entre 1989 y 2002, cuyo tercer capítulo se dedica íntegramente al tema de los animales¹.

Una idea que ha guiado el pensamiento de Linkola (2011: 126) durante décadas, y de la cual ha sido ferviente promotor es la “noción de permitir la supervivencia de la vida para que se abran posibilidades futuras”; tal idea de protección de la vida, a su juicio, siempre se halla justificada, sin excepciones. Al mismo tiempo, reconoce que no se trata de una noción a la que se llegue puramente desde el pensamiento, sino que intervienen otras consideraciones de tipo espiritual: por ello, habla de percibir a la protección y conservación de la vida en la Tierra como algo “sagrado [...] algo incomparablemente más santo que cualquier otra cosa que el hombre pueda considerar como tal” (Linkola 2011: 126). Estas ideas aparecerán de forma explícita o implícita en varios de los epígrafes que siguen, pues constituyen uno de los ejes

¹ Esta es sin duda una limitación del presente artículo que debe mencionarse: debido al desconocimiento del idioma finés por parte del autor, las ideas expresadas en el texto se basan únicamente en el libro mencionado. Se desea que en el futuro crezca el número de traducciones de Linkola a lenguajes más difundidos, lo cual se cree permitirá una discusión mucho más completa.

del pensamiento de Linkola.

Otra idea relacionada, que se considera sirve para seguir profundizando en la que se acaba de exponer es la de que, al hablar de la protección de la vida, debe tomarse en cuenta tanto la biodiversidad, es decir, el número total de especies, como el número de individuos de cada especie, pero en caso de conflicto entre ambos, el criterio que debe prevalecer es el primero. Se tendrá oportunidad de profundizar en esto en el siguiente epígrafe, el cual comienza tratando un tema que, si bien se sale de los límites estrictos del artículo, será de gran utilidad para entender diversos aspectos que aparecen en el mismo.

Derechos de los animales (humanos o no)

Tal y como se ha visto, de acuerdo con Linkola, hay ocasiones en que demasiados individuos de una especie son nocivos para la suma total de la vida, como sucede significativamente con los seres humanos. Se trata, dice Linkola, de una especie merecedora de protección, igual que cualquier otra, y que ha tenido individuos muy destacados, quienes desarrollaron la ciencia y las artes como principal aportación de dicha especie al reino animal, pero cuya excesiva proliferación amenaza con llevar todo el planeta a la catástrofe.

De consideraciones semejantes a las aquí expuestas surge una de las ideas más polémicas de Linkola (2011: 118): su rechazo de los derechos humanos, a los que considera “una sentencia de muerte para toda la creación”. Por un lado, Linkola (2011: 134) cree que los derechos humanos deben tomar en cuenta la cantidad existente total de seres humanos, de manera que “cuando nace un nuevo niño, el valor de cada humano en la Tierra disminuye ligeramente”. Por otro lado,

teniendo en cuenta que todas las personas son diferentes, todas deberían valorarse de manera distinta, es decir, los derechos humanos no tendrían que aplicarse a todo mundo por igual.

La vida, afirma Linkola, es naturalmente jerárquica. Por ello, no se debe tener miedo de jerarquizar a los seres humanos, de acuerdo con el grado de posesión de aquellos rasgos que son más característicos de la humanidad, aclarando que se refiere a rasgos mentales, como la cultura o la empatía, pues los aspectos físicos no tienen importancia en este nivel. Teniendo esto en cuenta, prosigue, si hay seres humanos cuyo nivel de “humanidad” (según los rasgos expuestos) no alcanza el de un castor, ¿por qué se le va a otorgar derechos al humano y no al animal? Linkola niega así los derechos humanos, al punto de proponer que sean sentenciados a muerte determinados tipos de persona, entre ellos quienes dañan la naturaleza y acaban con sus recursos. Para estos tipos de personas, no existe ninguna “magia negra” (Linkola 2011: 118) que los haga poseer plenamente derechos humanos. Aquí, la jerarquía manifiesta en la naturaleza viva puede ayudar a entender mejor cuáles son los límites de los derechos humanos. Quienes defienden los derechos animales, dice, deben aprender esta importante lección.

Linkola reflexiona acerca de los derechos y el valor intrínseco de los animales no humanos partiendo de una discusión entre el biólogo Anto Leikola y el obispo Voitto Huotari. Después de repasar los términos de la discusión entre ambos, Linkola admite aceptar el principio del respeto por la vida; sin embargo, también es consciente de que no puede extenderse a todos los animales de una manera absoluta, puesto que se acabaría hablando de los derechos de las bacterias o los virus, lo

cual es absurdo. Pero esto no quiere decir que se pueda matar despreocupadamente a cualquier ser vivo.

Linkola, de hecho, ubica al movimiento por los derechos de los animales en el contexto de una serie de movimientos de liberación (como la abolición de la esclavitud y la lucha por los derechos de las mujeres y los niños). Y reconoce al mismo tiempo que se ha “regocijado por este pequeño signo de justicia en nuestra sociedad, por lo demás terrible” (Linkola 2011: 105), un regocijo que no parece ser empañado por las críticas que en ocasiones lanza sobre el propio movimiento, a saber, que se centra de un modo bastante excluyente y antropocéntrico en los animales domésticos, dejando fuera de consideración a la inmensa mayoría de los animales.

Un aspecto interesante es que Linkola, en un primer momento, consideraba que el movimiento por los derechos de los animales era un aspecto muy novedoso dentro de la civilización occidental, al tiempo que pensaba que uno de los pilares de ésta, el judaísmo, era una religión antropocéntrica que trataba a los animales con frialdad, cuando no crueldad. Todo ello cambió después de leer un artículo que presentaba diversos textos de la Biblia dedicados a los animales, textos en los que encuentra muchas ideas actualmente sostenidas por los movimientos de defensa animal. Cita así diversos fragmentos de la Biblia², entre ellos Oseas, 1:18 (se toma la cita de la edición Reina Valera de 1909 –disponible en diversos lugares de Internet): “Y haré por ellos concierto en aquel tiempo con las bestias del campo, y con las aves del cielo, y con las serpientes de la tierra: y quebraré arco, y espada, y batalla de la tierra, y harélos dormir seguros”. Linkola (2011: 107) afirma con respecto a este fragmento

bíblico que “el sueño eterno de todos los pacifistas, ambientalistas y veganos está condensado aquí en una sola frase”.

Para Linkola, el valor de los animales depende de la posición que ocupan dentro del ecosistema, de hecho dentro del conjunto de la biosfera, puesto que el valor más importante que existe sobre la Tierra es, como se ha visto, la riqueza natural: en primer lugar, el número total de especies y, en segundo, el número de individuos de cada especie. Aquí, el concepto de especie en peligro es básico, porque la extinción de una especie o una subespecie amenaza con empobrecer en gran medida la naturaleza. Del mismo modo, si esto es así, está claro que los animales raros tendrán mayor valor que aquellos que son comunes.

Otro modo de asignar valor tiene que ver con el estatus filogenético del animal, de acuerdo con el cual existen animales más “primitivos”, como un ostión, y animales más “avanzados”, como un tigre, y hasta ahora el énfasis se ha puesto en los segundos, generalmente porque esta clasificación suele usarse para favorecer a los seres humanos. Pero, como ya se ha avanzado, cuando se valora a la especie humana desde el punto de vista del tamaño de la población, los resultados son desastrosos. Según Linkola, la especie se ha convertido en una carga para el planeta, debido sobre todo a su falta de escrúpulos morales a la hora de satisfacer sus más nimios deseos. Por ello, cualquier amante de la naturaleza debe tratar de proteger a ésta de los seres humanos, lo cual lleva a admitir que los animales salvajes, en especial los nativos de una región, tienen más valor que los humanos.

Un tema conectado habitualmente en

¹ Los otros fragmentos de la Biblia citados son los siguientes: Éxodo, 23: 4-5; Éxodo, 23: 12; Deuteronomio, 22: 10; Deuteronomio, 25: 4; Proverbios, 12: 10 y Lucas, 12: 6.

los debates públicos sobre los derechos o el valor intrínseco de los animales es el del vegetarianismo, en sus múltiples variedades. El siguiente epígrafe se dedicará a exponer los principales puntos de vista de Linkola sobre este tópico.

Vegetarianismo y sus variedades

El vegetarianismo, afirma Linkola, se presta a tantas opiniones apasionadas que resulta muy difícil tratar de analizarlo rigurosamente. Con esta intención, comienza examinando sus implicaciones para la salud: lo primero que toma en cuenta es el hecho de que el ser humano es omnívoro, y que quienes tienen trabajos físicos pesados necesitan fuertes aportes calóricos, los cuales, a su juicio, sólo pueden conseguirse con productos animales³.

Pero el vegetarianismo no sólo tiene que ver con la salud, sino que implica valores y decisiones éticas, las cuales tienen que ver con el bienestar animal (no matar animales, no hacerles sufrir, etc.). En tanto que la ideología vegetariana destaca el valor intrínseco de los animales, Linkola la juzga muy positivamente, considerándola de hecho uno de los escasos signos de esperanza en los tiempos actuales. Al mismo tiempo, también es consciente de la existencia de contraargumentos para las razones que dan los vegetarianos. Con respecto al sufrimiento, cree muy discutible que los animales que están abrigados y bien alimentados en un establo durante los fríos meses del invierno finlandés estén sufriendo; la situación le parece justamente la opuesta, por más que sí reconoce la necesidad de dejarlos pastar libremente durante el verano. La domesticación de animales le parece a Linkola una de las grandes invenciones humanas, que

ha enriquecido en gran medida la vida, y a la que por tanto es difícil renunciar. Más aun, continúa, si los veganos llevasen al extremo sus creencias, pretenderían la total desaparición de aquellos animales que actualmente aportan carne, fuerza de trabajo o lana, una decisión con la cual los propios animales no parecerían en principio estar a favor.

A continuación, Linkola replica a un argumento muy utilizado por vegetarianos y veganos, como es que habría mucha más comida disponible para todo el mundo si el grano y los cereales no fueran usados para producir carne. Este argumento resulta a su juicio insostenible, de entrada porque existen muchas zonas en el planeta en las cuales lo único que se puede cultivar es forraje para el ganado. Esto es lo que sucede en la propia Finlandia a partir de ciertas latitudes norte, donde no podría mantenerse la vida humana si no fuese mediante la cría de animales, la caza y la pesca, de modo que prohibir estas actividades, como desean los veganos, obligaría a romper con el principio ecológico de que la población de una región debe ser capaz de producir su propia comida. A Linkola le parecería bien que se despoblasen todas esas áreas norteñas y se recuperasen los bosques, pero no cree que sea ése el objetivo de los veganos.

En realidad, le parece que todo el programa de actuación de éstos y de los vegetarianos está mal enfocado: no se trata de aumentar las reservas de alimentos; lo realmente importante es, y aquí cita con aprobación a Arne Naess (2005), reducir la población. El hambre no es la principal amenaza, al menos en el corto plazo, pues existen muchas otras catástrofes ecológicas en marcha, de la deforestación a la contaminación del aire, en su mayoría

³ También se refiere a la mentalidad de muchas personas mayores que, por haber vivido la guerra o graves crisis económicas jamás desperdiciarían ni siquiera un pequeño trozo de carne.

dependientes de la sobrepoblación.

Existe además un desequilibrio entre las regiones del planeta que pueden producir su propia comida y aquellas que dependen de otras, lo cual hace que las transferencias de comida en gran cantidad provoquen también problemas asociados al transporte y la construcción de las infraestructuras requeridas para el mismo.

El éxito de los países capaces de producir mucha comida mediante la agricultura intensiva se da al costo de graves problemas ambientales. Si se eliminara el ganado, las cosas podrían ser peores: el aumento de las hectáreas cultivables una vez se dejase de cultivar pasto sería sólo temporal, puesto que los excedentes de comida harían crecer la población. Este crecimiento también afectaría negativamente al cambio climático, lo cual causaría graves problemas en la agricultura⁴.

Linkola no acaba con estas reflexiones su búsqueda de debilidades en el pensamiento de los vegetarianos, sino que señala algunos aspectos más. Así, por ejemplo, recuerda que hay muchas plantas poco nutritivas, que requerirán de grandes terrenos para su cultivo; de hecho, estas plantas representan la regla, siendo las excepciones aquellas pocas que constituyen alimentos completos, como por ejemplo los granos o los frijoles. Un ulterior problema que detecta Linkola es que a menudo la comida es importada de lugares lejanos, a veces de otros países o incluso de otros continentes, si bien hay gente que se resiste a esto, tratando de comer alimentos cultivados localmente, sea en el propio país o en la propia casa, posibilidades que abren nuevos frentes al vegetarianismo.

Otro aspecto que merece la pena ser discutido tiene que ver con la diversidad de la naturaleza y el modo en que la desaparición o reducción de los animales domésticos podría afectar a dicha diversidad. La agricultura de pequeña escala contribuyó a esa diversidad y a medida que los grandes animales domésticos desapareciesen, ésta tal vez se viese amenazada.

Además, Linkola considera que los amigos de la naturaleza difícilmente pueden ser veganos o vegetarianos, porque los campos de monocultivo constituyen un hábitat extremadamente pobre, más incluso que el centro de una gran ciudad. También resultan cuestionables desde el punto de vista de la estética. Linkola los contrasta con campos verdes donde pastan las vacas o donde las gallinas picotean libremente en busca de comida, a su juicio paisajes mucho más hermosos.

Por último, considera que dejar desaparecer a los animales domésticos plantea otros muchos problemas de orden práctico: ¿qué hacer con ellos? ¿Se les dejará morir de viejos o se les aplicará eutanasia? Todo ello le parece un desperdicio de alimentos que pocas economías pueden sostener, sobre todo en un contexto plagado de previsiones amenazadoras; Linkola llega a cerrar sus reflexiones sobre el vegetarianismo afirmando que en el futuro (en el futuro cercano) las cosas estarán tan mal que la humanidad se verá obligada a superar el tabú de la antropofagia.

Se ha visto en este epígrafe el completo análisis que Linkola dedica al vegetarianismo y sus variedades. En el siguiente, se tratará un aspecto relacionado, como es el que tiene que ver con las diferentes modalidades de cría de animales para consumo.

⁴ Cierto es que, al mismo tiempo, afirma Linkola, un efecto positivo de abandonar o reducir en gran medida la producción de ganado sería la reducción de las emisiones de metano, lo cual resulta beneficioso con respecto al cambio climático.

Granjas industriales y cría doméstica

Linkola comienza su texto “Pollos alegres y tristes” (1993) con una reflexión de gran interés para abrir el debate: mientras que las sociedades tradicionales giraban alrededor de su relación con los animales y el mundo natural, las sociedades de nuestro tiempo no toman en cuenta ningún elemento ajeno a la perspectiva humana, por más que las decisiones colectivas afectan en muchas ocasiones a los demás seres vivos. Pero, como se dijo, hay corrientes y personas que se oponen a esta situación, defendiendo los intereses de “animales, plantas y setas” (Linkola 2011: 94) actuando de modo similar a los sindicatos cuando defienden a la clase obrera. Es en este punto cuando menciona a la figura del filósofo Peter Singer, uno de los más famosos representantes actuales de la protección animal (véase p. ej. Singer 1999): los paralelismos que traza entre la opresión entre humanos y la opresión de los animales, considerada incluso más cruel, plantean preguntas filosóficas de gran calibre.

Desde el punto de vista de un biólogo, que es el adoptado por Linkola, este tipo de cambios sociales, como sucede con la mayor preocupación por el bienestar animal, son considerados transitorios y efímeros, puesto que la naturaleza humana básica no cambia, o requiere de mucho tiempo para hacerlo. Aparte de ello, también considera que se trata de opciones éticas adoptadas por grupos muy reducidos de personas, aun cuando los debates teóricos sí llegan a adquirir un gran protagonismo social.

Al respecto, Linkola cree que el sentimentalismo de las sociedades hace que existan animales privilegiados, a los que prácticamente se les conceden los mismos derechos que a los seres humanos, caso de los perros o los caballos, así como que se

condene la caza de ballenas o la matanza de focas bebé. Sin embargo, estas actitudes conviven con la aceptación del tratamiento de los animales criados para nuestro consumo, o por su piel, etc., cuyas prácticas son en ocasiones tan horribles que Linkola llega a pedir abiertamente la pena de muerte para los responsables de llevarlas a cabo (así sucede con quienes aceleran el crecimiento del ganado con hormonas o quienes hinchan el hígado de los gansos para hacer *foie gras*).

De todo el abanico de crueldades que podrían tratarse, Linkola (2011: 96) se centra en este texto únicamente en “las jaulas terriblemente estrechas en las que son prisioneros cerdos y zorros mental y físicamente enfermos, o truchas arcoíris deformes y sin aletas”. Comienza su exposición recordando la introducción de las granjas industriales de gallinas en Finlandia durante la década de 1970 y cómo el recuerdo de las aves encerradas contrasta enormemente con el de aquellas que se crían en libertad, dinámicas y vivaces.

La cría de animales domésticos plantea asimismo cuestiones de interés, puesto que representa una fuerte restricción de cualesquiera derechos que pudieran tener. Sin embargo, tal y como lo expone Linkola (2011: 98), también es posible entender esta situación como un “intercambio justo”: en los fríos territorios del norte de Europa, muchos animales no sobrevivirían si no fuera por la domesticación. Las vacas permanecen encerradas en sus establos varios meses al año, mientras que otros tantos meses pueden pastar libremente, constituyendo el ser ordeñadas el precio que deben pagar, a juicio de Linkola (quien reconoce asimismo que los establos bien podrían aumentar su espacio, lo cual mejoraría las condiciones de los animales). En este sentido, Linkola (2011: 110) considera

muy diferente protestar contra la cría de ganado que hace *McDonald's* en campos que anteriormente eran selvas vírgenes en Brasil, que protestar contra una pequeña granja finlandesa “cuyas pocas vacas son casi como miembros de la familia” y viven una vida bastante confortable aun cuando sean destinadas finalmente al sacrificio.

Además de las granjas industriales, otra dimensión de las sociedades actuales en la que se ignora la crueldad animal es la experimentación científica. Linkola critica a aquellos académicos que trabajan para hacer más eficiente la producción animal. Llega a preguntarse cómo la ciencia ha podido caer tan bajo cuando escucha a tales académicos decir que la vida de un zorro en la naturaleza está llena de sufrimiento, de modo que es mejor para ellos vivir en el laboratorio, una idea que si se trasladase al ámbito humano obligaría a reconocer que el encierro en prisión es el estado más deseable para cualquier persona. A estos científicos, Linkola opone aquellos que han pasado largo tiempo conviviendo con los animales, y que por ello tienden a difuminar las barreras entre éstos y los humanos. Esta cercanía conduce a un principio moral claro: “haz a los animales lo que tú desearías que ellos te hicieran a ti” (Linkola 2011: 99). Esta reformulación interespecie de la Regla de Oro, para Linkola, parece depender de qué tan sensibles son las personas, y puede llegar incluso a hacer que éstas se hermanen con árboles y plantas.

De todos modos, Linkola, muy atento a las acciones en favor de los animales, detecta una cierta incoherencia en las mismas. Cuando los activistas se centran en la muerte de los animales, por ejemplo al focalizar sus reflexiones sobre el sacrificio o la caza, están poniendo énfasis en un aspecto de nula relevancia desde el punto de vista de la totalidad de la vida. Linkola

conecta este interés del animalismo con una tendencia tan presente en las sociedades actuales como es el miedo a la muerte y al dolor físico. Es mucho más importante, afirma, asegurar que los animales vivan bien, en lugar de que mueran bien. Esa causa es, a su juicio, una de las más importantes, y lograr una legislación adecuada de la misma resulta muy urgente; de ahí que apoye a quienes solicitan el cierre de todas las granjas industriales de pollos (y presumiblemente de cualesquiera otros animales) las cuales nunca debieron ser construidas, pues “los animales enjaulados pasan toda su vida, del nacimiento a la muerte, en angustia antinatural, no como animales sino como objetos [...] Nada podría ser peor que esto” (Linkola 2011: 97).

A continuación se verá qué sucede con la caza y la pesca, formas habituales de obtener alimento animal para las sociedades humanas.

Caza y pesca

Las ideas de Linkola sobre la caza se han ido modificando a lo largo del tiempo, de manera paralela a diversos cambios que se han producido en la sociedad finlandesa. El texto de 1993 “De los pistoleiros al desastre ambiental” retrotrae a las lectoras a finales de la década de 1940 y principios de la siguiente, narrando su oposición a los cazadores, como por ejemplo a los “idiotas” (Linkola 2011: 79) que se ponían a disparar a los patos nada más abrirse la temporada de caza, y también a los taxidermistas que disecaban una enorme cantidad de aves de presa, así como otros animales. Linkola habla de una investigación policial llevada a cabo en su juventud, en la cual participó como experto, haciendo ver la nula comprensión de los agentes ante elementos como el

incumplimiento de las vedas. Así, la respuesta de un policía al ver disecada una ardilla con su pelaje de verano, lo cual significaba que se le había quitado la vida cuando aún no se había abierto la temporada de caza, es ni más ni menos: “Bueno, ¿qué hay de malo en ello?” (Linkola 2011: 71).

La llegada de especialistas al ministerio de medio ambiente, afirma, dio inicio a una serie de tareas educativas en diversos medios que convirtieron al público finlandés en amante de las aves de presa. Y, una vez que los cazadores dejaron de cazar a estas aves, la relación de Linkola con los cazadores mejoró en gran medida. Por una parte, las asociaciones de cazadores comenzaron a estar lideradas por biólogos y conservacionistas. Por otra, era patente la necesidad de unirse ante enemigos comunes y mucho más peligrosos, como la industrialización, los leñadores, silvicultores y las granjas industriales. Este hecho hizo que cazadores y ambientalistas en muchas ocasiones estuviesen del mismo lado.

El texto “Aspectos de la protección animal” (1999) es una réplica al comentario hecho en un periódico por un lector del mismo llamado R. Halttunen, quien acusa a Linkola de hipocresía, puesto que, por una parte, se opone a las granjas peleteras, mientras que, por otra, causa sufrimiento a los animales cuando se gana la vida como pescador. Este comentario le sirve a Linkola para establecer sus puntos de vista al respecto con gran claridad.

Admite el sufrimiento de los peces, su lenta agonía en la red, fuera del agua, que incluso considera mucho más dolorosa que el asesinato de un zorro o de un visón. Pero, afirma, retomando una idea que ya ha aparecido previamente en este artículo, lo que debe considerarse no es la muerte, sino la vida. Linkola (2011: 103)

considera a la naturaleza “ciega al sufrimiento temporal”, como muestran infinidad de ejemplos en los cuales la muerte de animales se produce de formas horribles. Sin embargo, esos últimos momentos, que pueden ser unos minutos lo mismo que unas horas o incluso unos días, no tienen demasiado significado si se toma en consideración toda la vida del animal.

Teniendo esto en cuenta, los dos aspectos señalados por el tal Halttunen son enormemente distintos. Los peces que pesca Linkola (2011: 103) han vivido libremente muchos años (entre cinco y 15), mientras que los visones y zorros que se crían en cautiverio por su piel tienen una vida “escalofriantemente horrible”. Tal vez no “sufran” cada minuto de su vida, del mismo modo que, a su juicio de Linkola, los condenados a cadena perpetua tampoco pueden “sufrir” todos y cada minuto de sus vidas, pero sí se vuelven animales muy apáticos. Para Linkola, como se ha dicho, esto representa una falta de respeto hacia las vidas de esos animales, aún más si se toma en cuenta que de las granjas peleteras sólo salen superfluos productos de lujo, a diferencia de la pesca, que produce alimentos necesarios para la supervivencia.

Aunque existen métodos que reducen el sufrimiento de los peces, Linkola considera que son apropiados únicamente para la pesca a pequeña escala, por lo que optar por tales métodos podría poner en riesgo la alimentación de las sociedades. Al mismo tiempo, considera que la oposición a cualquier forma de caza o de cría doméstica de animales sería incompatible con la vida humana en grandes partes del planeta. Así sucede, como ya se ha dicho, en ciertas latitudes al norte de Finlandia, donde lo único que se puede cultivar es pasto, que sirve para criar ganado y así obtener carne y productos lácteos. “¿Cómo –se pregunta

Linkola (2011: 104)– podría sobrevivir un vegano” en esos lugares?

Un punto importante con respecto al tema que se viene desarrollando es que Linkola se halla plenamente consciente de la importancia del precio de la comida para lograr cambios en las conductas capaces de equilibrar la protección de los animales y la conservación. Al respecto, propone triplicar los precios de la producción de comida, puesto que “la loca venta de comida a precios de liquidación y la agricultura intensiva sin sentido son políticas de muerte” (Linkola 2011: 104).

Para cerrar, se quiere señalar una idea que Linkola defiende a menudo, y que resulta coherente con lo expresado en otras partes de su obra: cuando caza, el ser humano se comporta como cualquier otro depredador. Los animales cazados han vivido generalmente una vida completa en la naturaleza, y su muerte, que puede ser prácticamente indolora lo mismo que una insufrible agonía, no se diferencia de lo que podría pasar en condiciones naturales. La caza excesiva, desde este punto de vista, puede plantear problemas de conservación, pero no de bienestar animal. Estos problemas de conservación se parecen a los planteados por cualquier otro depredador, que será el tema tratado en el siguiente epígrafe.

Gatos y otros depredadores

Linkola dedica íntegramente “La ética del ambientalismo” (1993) a debatir uno de los temas que más parecen preocuparle, como es el de los depredadores. Linkola es consciente de que escribe en un momento en el que ya se ha superado la antigua concepción, defendida por algunos aficionados a la caza, de que los depredadores son responsables de la disminución de las piezas. En su lugar, se acepta “la ley natural de

que los depredadores no pueden extinguir permanentemente toda la población de sus presas (pues si lo hiciesen, también perecerían ellos mismos)” (Linkola 2011: 81). Tal vez, reflexiona Linkola, esto fuese cierto si los depredadores se alimentasen de una sola especie, pero esto no es lo que sucede, tal y como muestra el ejemplo del búho real, que se alimenta de múltiples especies de pájaros y también de pequeños mamíferos. Debido a que los cambios en el entorno realizados por los seres humanos, como la tala, favorecen mucho la supervivencia de este búho, Linkola considera un error su protección legal. En general, ni las leyes ni tampoco la investigación científica son capaces de seguir el ritmo a tales cambios, lo cual conduce a que cualquier política de conservación deba ser rectificadada muy poco tiempo después de establecerse.

Linkola (2011: 82) considera que “quienes pretendían proteger a todos o casi todos los animales (excepto los de caza) estaban gravemente equivocados”. Así, rechaza la idea de que la naturaleza es algo de lo cual el ser humano debe cuidar, idea que acaba causando interferencias que favorecen a ciertas especies, y en su lugar considera que debe permitirse a los animales que se enfrenten directamente entre sí. También juzga que existen especies cuya protección resulta un error. Al respecto, afirma refiriéndose a la Finlandia de los años 90 “que los depredadores, tanto nativos como introducidos, son en realidad tan abundantes en este momento que sofocan permanentemente nuestra población de aves” (Linkola 2011: 84). Pone como ejemplo el patio trasero de su propia vivienda, visitado continuamente por diversas aves y mamíferos depredadores, lo cual prácticamente imposibilita la reproducción de muchas especies de pájaros.

Un aspecto que debe a su juicio tenerse

también en cuenta es que, aunque en el largo plazo se cumpla la ley natural mencionada arriba, según la cual los depredadores no dañan la población total de sus presas, el momento concreto del año en que atacan resulta de gran importancia: no es lo mismo matar a unos polluelos en su nido en el mes de junio que cuando ya ha llegado el invierno y pueden morir de frío o de hambre. Para ilustrar esta noción, Linkola saca a la luz observaciones hechas en sus viajes a Estonia y Alemania: el primer país tiene muchos pájaros que depredan nidos y en cambio pocos pájaros pequeños, mientras que en el segundo la situación es exactamente la opuesta.

Las leyes, afirma, deben ser particularmente severas cuando se aplican a los depredadores que no son nativos, en especial cuando amenazan la existencia de especies nativas. Linkola (2011: 86, 102) pone como ejemplo a los visones americanos y los mapaches, “bestias antinaturales” para los que “sugeriría una eficiente guerra en su contra” y cuyos defensores ameritan el calificativo de “imbéciles” y enemigos de la naturaleza. Pero si hay una especie contra la que Linkola carga de manera especialmente virulenta (en varios textos escritos al efecto) es el gato.

Este animal, al que caracteriza como “un ángel de la muerte importado de Egipto” (Linkola 2011: 86), es considerado como el peor de entre todos los depredadores introducidos en su país. Estas consideraciones sobre los gatos sirven para explicitar la contraposición que a menudo se da entre ecologismo y animalismo o, como lo señala el propio Linkola, entre la protección animal y la conservación (tal y como él lo expone, parece que se trata de mostrar cuándo el animalismo se convierte en enemigo de la conservación).

Lo primero que resalta Linkola es que la popularidad del gato en Finlandia

(fácilmente extrapolable a casi todo el mundo) hace que tenga numerosos defensores, muchos de ellos fanáticos, e incluso entre la gente que también ama a los pájaros, lo cual le sorprende, pues los gatos, según Linkola, tienen un efecto muy negativo sobre la avifauna. Hay un gran número de gatos, estima su número en Finlandia en el rango de los cientos de miles, y cada año matan a millones de pájaros. Linkola (2011: 87) considera que “un gato puede matar tantos pájaros en Finlandia como todos los cazadores del país juntos” y todavía una cantidad mayor de mamíferos. Sin duda, afirma, las fotografías que normalmente aparecen en las revistas (las cuales producen ternura y exclamaciones de admiración) no muestran las actividades más habituales de los gatos, que tienen que ver con la caza de pájaros y pequeños mamíferos.

Linkola discute también las regulaciones de caza que han incrementado la protección del gato, partiendo de una diferenciación entre gatos domésticos y salvajes que considera absurda, puesto que, con contadas excepciones (gatos que jamás salen de sus casas) prácticamente todos son depredadores de primer nivel y dedican algún momento o muchos de su jornada a cazar. Esta actividad es la principal razón para que fuesen importados como una “extensión del cazador” (Linkola 2011: 89) que acaba con todas aquellas presas que son demasiado pequeñas para ser derribadas a tiros. En efecto, los gatos matan a una gran variedad de especies, muchas de ellas prohibidas para los cazadores, y Linkola recoge al respecto diversas observaciones anecdóticas, tanto en el campo como en las ciudades.

Uno de los argumentos que se suelen utilizar para defender a los gatos es que acaban con los ratones y los topos. Al respecto, Linkola considera que los pequeños

roedores también son una parte integral de la fauna a la cual no se le puede negar el derecho a vivir, incluso en aquellos casos en que tales roedores se hallan en áreas habitadas por humanos. Estos roedores son parte de la cadena alimenticia, y deben ser alimento de sus depredadores naturales como los búhos o las comadrejas, mas no de un depredador importado como el gato. Además, los roedores tienen una ventaja sobre los pájaros, y es que su tasa de reproducción es mucho más elevada. Mientras que ratas y ratones se reproducen con gran rapidez, las aves de Finlandia suelen dejar apenas un descendiente, de manera que el hecho de que un gato acabe con un pájaro es algo mucho más grave de lo que se podría pensar en primera instancia.

Así, Linkola (2011: 93) considera que los gatos son un problema, que de ninguna manera podrán acomodarse en su país y que “hay que deshacerse de ellos”. Cuando se pregunta cómo enfrentar tal problema, se lamenta de que las leyes ya no permitan matarlos por ahogamiento, a lo que considera “un acto humano, teniendo en cuenta que en el caso de los humanos [...] es la forma de morir más fácil y misericordiosa” (Linkola 2011: 92). Las altas tarifas de los veterinarios para matar sin dolor a los gatos y la carencia de armas (“Finlandia –dice Linkola– (2011: 92) no son los Estados Unidos”) hacen que el problema sea enormemente difícil de resolver, al punto que le parece no tener solución. Cuando menos, dice, los gatos deben salir de casa amarrados con una correa y deben estar registrados, para que, en caso de que maten a algún animal protegido, su dueño pueda ser procesado legalmente. Sin embargo, considera estas medidas completamente utópicas, como sucede en todas las ocasiones en que, para proteger la naturaleza, hay que ir contra

deseos profundamente arraigadamente en los seres humanos, como son precisamente los sentimientos de amor por los gatos.

Después de toda exposición, en la que se ha tratado de apegarse lo más posible a las ideas de Linkola, se cerrará el texto con unas reflexiones finales que pongan en relación las ideas de Linkola con las de otros pensadores en algún punto relevante, buscando mostrar la existencia de alternativas de interés.

Reflexiones finales

Se comenzará este epígrafe haciendo un resumen de los principales hallazgos del texto, empezando con el tema de los derechos animales, que Linkola parece tratar de manera vinculada a la cuestión del valor de los mismos. Establece a este respecto dos criterios de valoración: el primero de ellos tiene que ver con la riqueza natural del planeta, teniendo en cuenta tanto el número total de especies como el número de individuos pertenecientes a cada especie. Según este criterio, un individuo perteneciente a una especie en extinción merecería más protección que otro de una especie que no estuviera el peligro. El segundo toma en consideración el status filogenético; de acuerdo con éste, los animales más “avanzados”, como por ejemplo los simios, tienen mayor valor que los menos avanzados. Si bien el segundo criterio le da ventaja a los seres humanos, el primero los ubica en una posición muy negativa, debido al enorme crecimiento de su población. En algún punto, como se ha visto, Linkola llega a decir que los animales nativos de un área tienen más derechos que los humanos, especialmente si aquellos son escasos.

El siguiente gran tema del artículo tiene que ver con cuestiones referentes al

uso de animales como alimento. A este respecto, Linkola plantea la existencia de un amplio abanico de opciones, poniéndolas en relación con perspectivas éticas distintas. De hecho, puede considerarse que establece un continuo, cuyo extremo de mayor crueldad tendría que ver con las granjas industriales, las cuales rechaza firmemente. Otras opciones serían la cría doméstica, que muestra un cierto grado de reciprocidad con los animales que se crían para su aprovechamiento y sacrificio, o la caza y la pesca, en la cual los seres humanos actúan como depredadores, de un modo que Linkola parece considerar coherente con la posición de la especie en la cadena alimenticia. En lo referente al vegetarianismo, Linkola lleva a cabo un análisis agudo y en profundidad, buscando debilidades en las argumentaciones habituales sobre el tema, trabajo que sin duda puede servir para fortalecerlas. Una idea que también enriquece el análisis es la contraposición entre buena muerte y buena vida, que puede servir para poner en perspectiva ciertos debates acerca del sacrificio de animales y el vegetarianismo.

Los depredadores constituyen el tercer eje del artículo. Claramente, Linkola advierte que es un error la protección indiscriminada de todos los animales, en particular de los depredadores, puesto que los cambios en el entorno producto de la actividad humana favorecen a algunas especies por encima de otras, y es imposible que las leyes puedan seguir el ritmo de tales cambios. Linkola cree que en la Finlandia de su época hay demasiados depredadores y afectan negativamente a la población de sus múltiples presas. Un caso en el que sí se debe regular la situación se produce cuando los depredadores importados amenazan la fauna nativa, como sucede con los visones americanos, los mapaches y los gatos. Éstos constituyen

una amenaza para las aves y mamíferos pequeños, por lo que cualquier tipo de protección legal que tenga por objeto a los gatos representa un error: el único modo adecuado de tratarlos es la eutanasia.

El recorrido que se acaba de realizar suscita sin duda numerosas preguntas. No se entrará a discutir más que una de ellas, la referente a los gatos, mostrando la existencia de corrientes éticas desde las cuales se puede llegar a una valoración muy distinta de tales depredadores importados. Una de ellas es la ética del cuidado, originada con los estudios de Carol Gilligan (2016) acerca del modo en que las mujeres toman decisiones morales. Esta autora critica la teoría del desarrollo moral de Lawrence Kohlberg (1976), según la cual la conciencia moral de las personas va pasando a medida que éstas crecen por seis estadios, desde el regido únicamente por el principio de placer, en el cual las reglas sólo se siguen para evitar el castigo, hasta el último, en el cual el sujeto reconoce la existencia de principios éticos de carácter universal que deben ubicarse por encima de cualquier acuerdo o contrato social y basa sus decisiones éticas en tales principios.

De acuerdo con Gilligan, el hecho de que generalmente las mujeres no llegasen a alcanzar el sexto estadio de desarrollo no constituía una muestra de inmadurez moral, sino la manifestación de una sensibilidad moral diferente. Las mujeres, afirma Gilligan, están más atentas a las necesidades de los demás, por lo que escuchan otras veces y prestan atención a otras perspectivas. De hecho, tienden a definir su personalidad de manera relacional, lo cual hace que su resolución de los dilemas morales, además de tener en cuenta el contexto de los mismos, se centre de manera muy definida en aspectos como la compasión y el sufrimiento individual (el

cual puede aliviarse con su intervención). Se trata de un razonamiento moral muy diferente al masculino, centrado en el respeto abstracto e imparcial de los derechos; aquí, el imperativo principal es el cuidado.

Las ideas de Gilligan, por más que hayan estado sujetas a críticas y también a revisión por parte de la propia autora, tuvieron un gran impacto tanto en el pensamiento feminista como en diversos debates dentro de la ética, desde el mismo momento de la publicación del libro que se ha citado (1982). Por supuesto, dichas ideas han sido aplicadas, entre otros muchos, al ámbito de la ética animal (véase p. ej. Clement 2003, Engster 2006, Donovan & Adams 2007, Wrage 2022). Haciendo en este punto una lectura no demasiado sutil de los postulados de la ética del cuidado, parece claro que las relaciones sentimentales que las personas generan con sus gatos, y la conexión estética y emocional que pueden llegar a desarrollar con animales con los que incluso no conviven, vuelven extremadamente difícil, cuando no imposible, llevar a cabo la propuesta de Linkola.

Sin embargo, este sentimentalismo, que Linkola, desde un punto de vista biocéntrico parece considerar una debilidad, puede ser tomado también como una oportunidad para lograr cambios sociales. Se recordará aquí la propuesta rortiana de ‘educación sentimental’ que refuerza esta idea, pues según Rorty (1998, 2000) el único modo de hacer que la gente amplíe el ‘círculo de las lealtades morales’, es decir, que amplíe el reconocimiento de estatus moral, es educar los sentimientos. Esta tarea, que generalmente involucra la creación de narrativas capaces de lograr un acercamiento emocional entre las personas y quienes se encuentran alejados de su círculo más íntimo, se lleva a cabo a través de medios como la literatura, el

cine, el periodismo o la publicidad, lo cual se piensa lo acerca en cierta medida al concepto de mercadotecnia social (Lee & Kotler 2011). En el caso que aquí se discute, se trataría, por ejemplo, de crear narrativas acerca de las especies que son afectadas por los gatos, de modo que la gente se preocupe por ellas y las cubra con su paraguas moral, de modo que la relación entre dichas especies y los gatos se pueda establecer desde bases diferentes, gracias a esta ligera intervención humana.

Sorprendentemente, cuando se opera así lo que suele pasar es que comienzan a suceder cosas que Linkola considera utópicas. Tal vez nadie o casi nadie acepte la eutanasia generalizada para los gatos que se desprende de los abstractos principios ético-ecológicos de este pensador. Pero mucha gente cobrará conciencia y acabará llevando a la práctica conductas como pasear con correa a sus gatos, identificarlos electrónicamente para establecer responsabilidades o esterilizarlos. La educación sentimental es una herramienta poderosa (pero sin duda muy distinta de todo lo que propone Linkola).

Evidentemente, un autor tan polémico tiene otros muchos puntos de interés para la discusión. Uno de ellos, sin duda, es su rechazo de los derechos humanos y de la democracia, temas con respecto a los cuales se considera que un problema importante es que no incluye en el debate a las concretas tradiciones filosóficas, políticas y jurídicas que componen el entramado de las sociedades occidentales a este respecto. Tal inclusión sería sin duda una tarea de gran interés, pero llevaría muy lejos la discusión, por lo que se dejará en el tintero por ahora. No obstante, con lo expuesto hasta aquí se cree haber planteado una alternativa interesante al principio abstracto (no del cuidado) de valoración moral de acuerdo con la riqueza natural propuesto

por Linkola, en su aplicación al caso de los gatos. Probablemente, este ejercicio se podría hacer con otras muchas partes de su obra. Quizá, incluso, podría hacerse una lectura de Linkola compatible con los derechos humanos y la democracia, o al menos una interpretación que, aprovechando las mejores partes de su propuesta, la despoje del atractivo que posee para algunos ideólogos de la extrema derecha y afines al fascismo. Pero semejante tarea tendrá que esperar: el propósito de este artículo era presentar las principales ideas de Linkola sobre los animales no humanos y ese objetivo se considera cumplido.

Referencias

- Clement, G. 2003.** The Ethic of Care and the Problem of Wild Animals. *Between the Species* 13(3): article 2. doi: 10.15368/bts.2003v13n3.2
- Donovan, J. & C. J. Adams. 2007.** *The Feminist Care Tradition in Animal Ethics.* Columbia University Press, Nueva York, 400 pp.
- Engster, D. 2006.** Care Ethics and Animal Welfare. *Journal of Social Philosophy* 37(4): 521-536.
- Gilligan, C. 2016.** *In a different voice. Psychological Theory and Women's Development.* Harvard University Press, Cambridge, Mass., 216 pp.
- Kohlberg, L. 1976.** Moral Stages and Moralization: The Cognitive-Development Approach. Pp: 31-53 In Lickona (ed.), *Moral Development and Behavior: Theory and Research and Social.* Holt, Rinehart, and Winston, Nueva York.
- Lahti, L. K. 2008.** Radical Deep Ecology. A background to the Jokela School shooting in Finland. A global dimension of consuming and citizenship education. Pp: 224-226 In: Klein, A. & V.W. Thoresen (eds.), *Assessing Information as Consumer Citizens.* Proceedings of the fifth international conference of The Consumer Citizenship Network, Tallinn, Estonia 2008. Høgskolen i Hedmark, Noruega.
- Lee, N.R. & Kotler, P. 2011.** *Social Marketing. Influencing Behaviors for Good.* SAGE Publications, Thousand Oaks, California, 502 pp.
- Linkola, P. 2011.** *Can life prevail?* Arktos, Budapest, 200 pp.
- Naess, A. 2005.** The Basics of Deep Ecology. *The Trumpeter* 21(1): 61-71.
- Rorty, R. 2000.** *Verdad y Progreso. Escritos filosóficos 3.* Paidós, Barcelona, 399 pp.
- Rorty, R. 1998.** *Pragmatismo y política.* Paidós, Barcelona, 128 pp.
- Singer, P. 1999.** *Liberación animal.* Trotta, Madrid, 334 pp.
- Stevens, B. 2011.** Introduction. Pp: 11-18 In Linkola, P., *Can life prevail?* Arktos, Budapest.
- Taylor, B. 2019.** Alt-right ecology. Ecofascism and far-right environmentalism in the United States. Pp: 276-293 In Forchtner, B. (ed.), *The Far Right and the Environment. Politics, Discourse and Communication.* Routledge, Londres.
- Wrage, B. 2022.** Caring animals and care ethics. *Biology & Philosophy* 37(3): 18.